

*René Delgado **

**Más allá de la elección 2012:
Presente prolongado, futuro incierto**

SUMARIO: I. Introducción. II. Transición artificial. III. Alternancia sin alternativa. IV. Democracia defectuosa y Estado en quiebra. V. Prolongar o no el presente. VI. Construir futuro.

I. Introducción

Un presente prolongado no supone un futuro próximo. Más bien lo niega, cuando no lo frustra... y, en la subcultura política mexicana, ha sido mucho más fácil hacer futurismo que construir futuro.

Futurismo sin futuro es, precisamente, lo que se ha hecho durante las últimas dos décadas. En los noventa, la apertura y la globalización económica urgían el rediseño del régimen político; en la década pasada, la alternancia en el poder presidencial también. Sin embargo, en el primer caso se ignoró la necesidad y en el segundo se desaprovechó la oportunidad. El interés se puso en redistribuir el poder, no en reformularlo. Tal omisión ha dado lugar a un régimen desvertebrado, incapaz de constituir gobierno: el presidencialismo sin Presidente.

Desde el sexenio de Carlos Salinas de Gortari se advierte –o, peor aún, se sufre– la inoperancia de un régimen político que no da más de sí. Ciertamente la reforma electoral de 1994 supuso un avance pero, al no enmarcarla en una reforma política estructural y asegurar, así, la consolidación de la democracia, la transición no sólo se detuvo, comenzó a retroceder. Es lo que se está viendo.

Hoy, una democracia defectuosa y un Estado de derecho en quiebra sellan la circunstancia nacional. Se retrocede en lo político y lo electoral, se re-

* Periodista. Director Editorial de el periódico *Reforma*.

ducen o pierden derechos y libertades, mientras —en su actuación y combinación— la impunidad criminal y la negligencia política cancelan un mejor destino. En ese terreno juega la clase dirigente, poco le importa fincar su imperio sobre ruinas.

II. Transición artificial

Falto de legitimidad, Carlos Salinas de Gortari se sintió con derechos —no con obligaciones— sobre el régimen que, como quiera pero no sin dificultades, lo encumbró en la Presidencia de la República y, en esa circunstancia, procedió a su desmantelamiento sin interesarse mayormente en el día después. La idea sonaba bien y encandiló a muchos, pero instrumentada desde el autoritarismo y la arbitrariedad su consecuencia es, precisamente, la que se vive hoy.

El nombre de la aventura de Carlos Salinas era simple: consolidarse como un Presidente fuerte, a costa de heredar una Presidencia débil. El mandatario disfrutó los beneficios de esa acción, dejándole a su sucesor el saldo negativo. Sobre la base de disminuir al partido y reducir al gobierno, adelgazó al Estado sin interesarse en sentar las bases de un nuevo régimen.

A partir de tres acciones —una ideológica, una económico-administrativa y una política— puso fin a la palanca político-partidista del régimen presidencialista: el Partido Revolucionario Institucional, el PRI. De modernización y neoliberalismo social se disfrazó esa operación.

En lo ideológico quebró la columna vertebral del nacionalismo-revolucionario priísta al reformular los documentos básicos del partido y al replantear algunos de los postulados constitucionales que le daban sustento. La apertura del ejido a las asociaciones productivas, el reconocimiento de la Iglesia y el establecimiento de relaciones con el Vaticano, el cambio de los requisitos para ser Presidente de la República golpearon al priísmo donde le dolía para llevarlo a adoptar un pensamiento neoliberal que, aun con el calificativo de *social*, no acabó de darle un nuevo encuadramiento ideológico.

En lo económico-administrativo, la privatización del sector público de la economía golpeó uno de los pilares del régimen y su partido: las burocracias opaca y dorada. La primera sufrió la pérdida de plazas laborales a partir de los recortes en la administración pública. La segunda perdió el trabajo pero, sobre todo, la base de su integración al sistema. La privatización de un millar de empresas y entidades públicas desconsideró su ingrediente político, constituía el tercer círculo de participación o, si se quiere, de cooptación: quien no entraba al Ejecutivo o al Legislativo, podía caber en el sector paraestatal. Recortar plazas laborales y desincorporar organismos públicos lastimó ese sostén.

En lo político, las famosas *concertaciones* a la derecha panista generaron sendos problemas. Uno, entre bromas y veras se decía que muchos priístas aspiraban a ser gobernadores interinos porque duraban más que los constitucionales; lo cierto es que la caída de gobernadores electos o incluso ya en funciones fue moneda política de cambio con el panismo. Dos, se creó una ilusión: el panismo crecía y maduraba, mientras el salinismo se vestía de gala democrática al reconocerle sus presuntos triunfos. A la derecha, había entendimiento; a la izquierda, sordera. A la vuelta de los años, aflora una duda y una certeza. La duda: ¿cuáles de esos *triunfos* fueron electorales y cuáles políticos? La certeza: la consolidación de un régimen plural de partidos sin dominante hegemónico fue ficticia. Esos tres golpes redujeron al priísmo.

El desmantelamiento del presidencialismo dio lugar a una paradoja: cuanto más fuerte y popular resultaba el presidente Carlos Salinas de Gortari, más débil e impopular se perfilaba su sucesor, por no decir, la Presidencia de la República.

La venta de garage de bancos, aerolíneas, telefónicas, siderúrgicas, medios de comunicación, minas, hoteles... le acarreó, por decir lo menos, simpatía y apoyo de poderosos grupos económicos a Carlos Salinas. La puesta en marcha del programa *Solidaridad*, que asistía a los pobres sin resolver el nudo gordiano del empleo, le acarreó popularidad en ese sector.

En suma, Carlos Salinas despedía el brillo de una estrella en vías de extinción: el presidencialismo. Cuanto más brillaba el presidente Carlos Salinas, más se apagaba la Presidencia de la República que, a la postre, perdería las palancas de poder derivadas del control de importantes sectores de la economía y la política.

En algún momento, equiparándose con Mijail Gorbachov, Carlos Salinas de Gortari llegó a hacer suya la idea de que primero era la *perestroika* y, luego, la *glasnot*. Lo cierto es que la reestructura económica se concretó pero con efectos o defectos políticos colaterales no deseados o no calculados. La llamada apertura económica atrajo la atención mediática del extranjero, pero no donde el salinismo la quería. Los derechos electorales, los derechos humanos y el combate al narcotráfico fueron objeto de observación. El interés mediático en esos renglones obligó a efectuar algunas reformas o emprender algunas acciones, pero no del calado necesario para replantear la estructura política del régimen. Tan cosméticos fueron esos ajustes políticos que el sueño de la incorporación al primer mundo se frustró.

En el último año del salinismo no fue de ensueño, sino de pesadilla: diciembre, rebelión de Manuel Camacho ante el *destape* de Luis Donald Colosio; enero, levantamiento armado del zapatismo; febrero, secuestro de Alfredo Harp Helú; marzo, asesinato de Luis Donald Colosio y ungimiento

de Ernesto Zedillo como abanderado tricolor; mayo, triunfo de Diego Fernández de Cevallos en el primer debate entre candidatos presidenciales, para luego *enfermarse*; junio, renuncia de *week-end* del secretario Jorge Carpizo, para reintegrarse el lunes; julio, cierre de una campaña marcada por el miedo; agosto, realización de la elección presidencial; septiembre, asesinato del secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu; octubre, escándalo del fiscal Mario Ruiz Massieu por el homicidio de su hermano; noviembre, preparación del relevo en Los Pinos; diciembre, *error de diciembre* (para no herir la susceptibilidad salinista).

No acababa de consolidarse la reforma económica cuando ya comenzaba a tambalearse el régimen político, prendido con los alfileres de la ciudadanización y la autonomía del nuevo órgano electoral. Arrancaba el presidencialismo sin Presidente.

III. Alternancia sin alternativa

El *error de diciembre* con su efecto económico devastador trastocó la agenda de prioridades perfilada, antes de asumir la Presidencia, por Ernesto Zedillo.

La señal enviada, dialogar con la izquierda e interesarse por la reforma de la estructura política, quedó en un buen deseo. Se recurrió con facilidad al discurso de la *normalidad democrática* cuando, en el mejor de los casos, podía hablarse de la *normalidad electoral*.

La economía concentró la atención y el costo de la recuperación tuvo un efecto brutal sobre el partido tricolor que, por lo demás, no entendió su nueva circunstancia y el agotamiento del presidencialismo. El primer aviso del revés por venir lo tuvo el PRI en la elección intermedia de 1997 al perder la mayoría parlamentaria frente al bloque opositor; la factura completa la recibió tres años después con su derrota en la elección presidencial del 2000. Se dio la alternancia... pero no la alternativa.

Vicente Fox llegó a la residencia oficial de Los Pinos en condiciones inmejorables. De terciopelo, se dijo. Legitimidad política, estabilidad económica y un intangible, ánimo social y esperanza democrática que posibilitaban el arranque de la construcción de la alternativa política. Pero no, nada se hizo. Sin educación, cultura ni formación política, el mandatario despilfarró el bono democrático. El logro político más importante fue la reglamentación del acceso a la información, gracias al impulso que grupos ciudadanos le imprimieron. La alternancia quedó en turno en el poder presidencial que, disminuido desde el salinismo, carecía de fuerza y palancas para emprender cambios por sí mismo.

Por si eso no bastara, el presidente Vicente Fox entendió la popularidad como un valor a atesorar, no como un recurso a invertir con oportunidad. Muchas acciones y omisiones se ejecutaron a partir de la idea de mantener o aumentar la popularidad presidencial. El mandatario atesoraba su popularidad como quien ahorra sólo para acumular. La satisfacción personal importó más que la remodelación estructural y, desde esa perspectiva, el esfuerzo se puso en evitar que ocurrieran cosas en vez de provocar que sucedieran. Lejos de proceder al desmantelamiento del corporativismo, la administración se fue echando en brazos de ella.

Los grandes corporativos, empresariales y gremiales, comenzaron a imprimirle su rumbo a la nación, mientras el Gobierno culpaba de la imposibilidad del *cambio* al Poder Legislativo. No en vano la divisa del partido en el gobierno, de cara a la elección intermedia, fue: “quítale el freno al cambio”. Pero el electorado lejos de retirarle el freno, lo aseguró. Y, de nuevo, como en 1997, el mensaje dejado en las urnas no fue entendido ni atendido: se quería un Gobierno dividido, no un Gobierno confrontado. Se querían equilibrios y acuerdos, no decisiones unilaterales ni sopesadas.

Agotado el bono democrático, la frivolidad política ganó espacio en la actuación presidencial y, sobra decirlo, entre otros muchos pendientes, se archivó la reforma política. Peor aún, el mandatario tomó malas decisiones y precipitó acciones en materia de seguridad que, lejos de atemperar el problema, lo agravaron. La creación de la Secretaría de Seguridad Pública sin inscribirla, justamente, en el rediseño del aparato de gobierno debilitó aun más a la Secretaría de Gobernación y la creación de la Agencia Federal de Investigación fue una ocurrencia sexenal.

El revés electoral sufrido en la elección intermedia y el crecimiento de Andrés Manuel López Obrador en la opinión pública pusieron en guardia al foxismo ante la sucesión presidencial pero, aun así, se vio contra las cuerdas.

El desafuero del Jefe de Gobierno evidenció la decisión presidencial de utilizar la justicia como ariete para eliminar al adversario político; la sobreprotección de Santiago Creel como delfín, el deseo presidencial de colocar como diera lugar a un foxista en la línea sucesoria. En ambos lances el foxismo fue derrotado. Andrés Manuel López Obrador se mantuvo en la contienda por la Presidencia de la República y el foxista Santiago Creel perdió la candidatura ante Felipe Calderón.

Ni lo uno ni lo otro resultó como se quería. Contra la pared y a su pesar Vicente Fox —en consonancia con los poderes fácticos— intervino en el proceso electoral no tanto para apoyar a Felipe Calderón, como para frenar a Andrés Manuel López Obrador. Esa intervención —reconocida pero minusvalorada por el Tribunal Electoral— así como la soberbia y los errores del tabasqueño en su desempeño como candidato concluyeron en la historia conocida.

A punto se estuvo de caer en una crisis constitucional.

IV. Democracia defectuosa y Estado en quiebra

Más allá del resultado oficial y legal de la elección presidencial del 2006, el saldo político fue terrible. Si la alternancia no se tradujo en la alternativa, los términos de esa contienda echaron atrás lo avanzado en materia electoral y dejaron al país confrontado y polarizado, a los ciudadanos con el cuchillo entre los dientes y a los partidos ansiosos por realizar una nueva reforma electoral pero viendo por el espejo retrovisor y no por el parabrisas.

Tensa la situación, el calderonismo cometió su primer error: ignorar la razón de su ascenso al poder presidencial. No llegó porque ahí se le quisiera ver; llegó porque ahí no se quería ver al lopezobradorismo. Y, luego, el segundo: integrar un equipo de gobierno a partir de cuotas y compromisos, pero privilegiando la lealtad por encima de la experiencia y la capacidad, acomodando mal las piezas y dejando de coordinarlo.

Sin proyecto, equipo ni operadores para ampliar su margen de maniobra, sin respaldo de su propio partido, el calderonismo agregó un tercer error: se desinteresó del electorado que votó a su favor y mucho más del que votó en su contra. Perdió su base pero no se sacudió la tenaza de los intereses y poderes fácticos que favorecieron su triunfo, Felipe Calderón se internó, así, en su propio laberinto. Pretendió impulsar reformas sin amarrar apoyos ni construir acuerdos amplios y, al mismo tiempo, buscó legitimarse echándose en brazos de la fuerza armada y del corporativismo magisterial.

El presidente Calderón no supo, no pudo o no quiso equilibrarse en ese doble paso y, frustradas las reformas, agotada la política, sólo quedó la fuerza. Por la razón que fuese el calderonismo nunca fijó claramente sus prioridades y la falta de concierto en su actuación terminó por dejar el combate al crimen como la razón de ser de su gestión. De tumbo en tumbo, la violencia se enseñoreó y la sangre le dio un tono monocromático a la administración.

La administración calderonista no se constituyó en gobierno. La entrada y salida de secretarios sin talla para el puesto, la contradicción en la acción de gobierno, el canje de políticas y plazas por apoyos o votos, la ausencia de resultados, además de las calamidades económicas y sanitarias provenientes del exterior, hicieron de la elección intermedia algo previsible. No hubo sorpresa.

La descalificación del calderonismo fue brutal. La mayoría parlamentaria quedó en manos del priísmo y, luego, las derrotas en las elecciones estatales confirmaron la dimensión de la crisis en la que se internaba el calderonismo. La desesperación entró en escena: alianzas a diestra y siniestra sin resultados, desencuentros dentro del Gobierno y entre éste y su partido, cambios a capricho en el gabinete, creciente corrupción constituyeron el estilo de la ad-

ministración que, sin política que ofrecer ni practicar, hizo de la ofensiva al crimen su única bandera.

Operativo, combate, guerra, lucha contra el crimen organizado fueron las denominaciones de la estrategia fallida y, luego, ocurrió lo previsible, su derrame violento golpeó de más en más a la sociedad y, por si eso no bastara, afectó las relaciones diplomáticas hacia el norte y hacia el sur del país. Todo para cifrar en millares de muertos la acción oficial emprendida que, por lo demás y a pesar de la captura de capos del narcotráfico, no abatió la criminalidad y sí, en cambio, diversificó su actividad y radicalizó su expresión violenta. Ni hablar de la reposición de la seguridad pública ni de la recuperación de espacios ciudadanos. La violencia criminal y la violencia oficial tiñeron de rojo más de una región.

Sin capacidad de darle perspectiva al país y con una indeleble huella de sangre, a nadie sorprende el hundimiento del calderonismo y el resurgimiento del priísmo, con un añadido: además de su reposicionamiento político y electoral, los tricolores han sabido perfilar liderazgos de distinta catadura: mediática y política. Falta por calibrar, desde luego, la larguísima campaña de Andrés Manuel López Obrador así como la estructura territorial-ciudadana que supuestamente armó. Faltan cosas por ver.

A las administraciones de Carlos Salinas de Gortari y Felipe Calderón las hermanan varias coincidencias: falta de legitimidad en la asunción de la Presidencia de la República; uso de la fuerza para consolidarse en el poder, sacrificio de la política amplia y abierta, en favor de los acuerdos bajo cuerda; cierre de su gestión en un marco de inestabilidad política, peligro económico e inconformidad social. Las separa una singularidad: Carlos Salinas disfrutó el desmantelamiento del presidencialismo, Felipe Calderón no.

El horizonte pierde el tono albiazul prevaleciente durante poco más de una década.

V. Prolongar o no el presente

Habrá quien festeje y quien lamente el desdibujamiento del panismo, pero sería inocente echar las campanas al vuelo por el retorno del priísmo o el eventual ascenso de la izquierda al poder presidencial.

Sería inocente porque hay una realidad avasalladora: una democracia defectuosa y un Estado de derecho en quiebra que vulneran la posibilidad de darle perspectiva al país. No hay engaño. Si los partidos son los pilares de la democracia y estos muestran fragilidad y debilidad, la democracia por fuerza es defectuosa. Abre la puerta a caudillos imaginarios y a liderazgos

mediáticos que se oxidan a la intemperie política, y más cuando las instituciones del Estado se ven reblandecidas.

Si a esa circunstancia se agrega la impunidad criminal y la negligencia política, apoyada en un régimen incapaz de consolidar gobiernos, da igual quién ocupe la residencia oficial de Los Pinos.

La elección presidencial, así, se reduce a un concurso para administrar por turno un mismo problema, el problema que desde hace décadas ahoga al país y, ante el cual, los partidos no tienen respuesta. La democracia, así, se limita al maquillado de una ilusión que nace y muere cada sexenio y el Estado se convierte en la arena donde compiten quienes pueden hacer valer sus privilegios a costa del derecho, el desarrollo, la democracia y la civilidad. Ninguna República se puede llamar así, en esa condición.

Desde hace ya casi un cuarto de siglo, la clase política dirigente sabe dónde está el problema y sabe también cuál es la solución. El país está sobrediagnosticado. Sin embargo, la ambición de repartir el poder sin reformular su sentido ha hecho de la elección un concurso donde la victoria consiste en administrar, por turno, la ruina nacional. Si no se reforma el poder da igual quién administre el no poder.

En el reino de la impunidad criminal y la negligencia política, la fiesta de la democracia es elegir al velador, al socio o al cómplice de las grandes frustraciones.

VI. Construir futuro

El punto de quiebre de esta historia circular se cifra en el malestar social, mejor dicho en la capacidad ciudadana para organizarse, articularse y potenciar su fuerza. Los ejes del malestar transformado en reclamo ciudadano son tres: uno, ampliar los canales de participación directa ciudadana en la democracia para tener un mayor control sobre el poder; dos, ensanchar y asegurar el margen de maniobra del próximo Gobierno para darle perspectiva al país; y, tres, girar el enfoque de la estrategia de combate contra el crimen por el de la lucha a favor de la seguridad pública y ciudadana.

Dicho en breve, si la ciudadanía no se activa y moviliza para darle otro sentido y contenido a la contienda electoral del año entrante —sobre la base de reformar, controlar y asegurar el poder político— el concurso será, de nuevo, dilucidar a quién corresponde el turno de administrar la crisis que, cuanto más se prolongue, peor será.

Un futuro sin mañana o un presente activo es lo que, en el fondo, se juega la ciudadanía... y la República.